

Una buena noticia sobre esos días de miércoles

García Reig, Juan Carlos (2008): *Los días de miércoles y otros cuentos*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, pp. 224. Ilustraciones de Rep.

Por Malena Botto*

Una buena noticia: en 2008, Ediciones de la Flor pudo acabar de reunir, y publicar, los cuentos de Juan Carlos García Reig. “Buena quizás -podrá decir el lector- pero no tan nueva como para ser noticia”. Procuraré convencer a ese lector de que el acontecimiento sigue siendo, hoy por hoy, una buena noticia.

La edición de estos relatos por parte de una editorial que, como dice Gustavo Bombini en el Prólogo del volumen, “garantizará que los encontremos en las primeras mesas de las librerías”, al alcance de muchos lectores, implica un merecido reconocimiento para un escritor casi desconocido. Y, al hacer esta valoración, me voy acercando al meollo del asunto: por qué las ficciones de García Reig se conocen tan poco y por qué merecen conocerse son preguntas que admiten respuestas diversas, no contradictorias pero sí diversas, que se van amplificando y complejizando en distintos registros siempre atentos a decir algo sobre la literatura, la realidad y sus zonas intermedias.

Está ese lugar de las mediaciones entre la “realidad” de quien escribe en un tiempo y espacio determinados y la existencia –real o virtual- de lectores que tengan en sus manos esos escritos impresos en letras de molde. Toda una obviedad, sí. Pero Juan Carlos García Reig nació, vivió y escribió sus cuentos en Mar del Plata, donde murió joven y hace ya más de diez años. Su primer libro, *Bacará*, fue publicado en 1983 por la editorial Corregidor, gracias a un subsidio del Fondo Nacional de las Artes. El otro, *Los días de miércoles*, salió bajo el sello Del Castillo, una editorial marplatense de efímera existencia, en 1986. Entonces, comprensiblemente, esos textos se tornaron inhallables en pocos años. No olvido que varios de sus relatos – los que integraron estos dos volúmenes, más otros- aparecieron en distintas antologías, manuales escolares y otras publicaciones, como la revista *Puro Cuento*. Sería injusto olvidarlo porque implicaría pasar por alto el hecho de que los cuentos de “Cachi” García Reig, a poco de conocerse, tenían evidentemente algo que aportar a la literatura escolar en la Argentina de la posdictadura. Como señala Bombini, esa inclusión no respondió a una “conservadora operación canonizadora”, sino “a un activo movimiento por el que los

* Malena Botto es profesora en Letras egresada de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es docente de trabajos prácticos en la cátedra de Introducción a la literatura (FaHCE-UNLP). Coordina el Curso de Ingreso para las carreras de Letras en la misma institución. Allí también cursa el doctorado en ciencias sociales y es becaria del CONICET.

profesores de literatura se preocuparon desde los años 80 para acá por encontrar nuevos textos y nuevos autores que entraran mejor en sintonía con esos raros alumnos nuevos que les tocaba educar”. Y lo interesante de esta observación es que invierte los términos en que los universitarios (Pierre Bourdieu incluido) estamos acostumbrados a concebir el canon: solemos creer y corroborar que lo innovador se encuentra allí donde la crítica –nosotros mismos, así sea por mera ratificación- suele o solemos encontrarlo. Por el contrario, el universo de la escuela, la edición o producción de textos “escolares”, cargan faltal u obedientemente con el estigma de la reproducción. Desde ya que esto no será así en todos los casos y que por otra parte abundarán ejemplos –en las prácticas, en los programas, en las operaciones de mercado- que le den la razón a ese argumento. Pero también nos sirve para pensar el hecho de que la crítica no haya encontrado interés en un autor como García Reig; simplemente porque la crítica, *stricto sensu*, no se ha encontrado con García Reig.

Sopesar si esto constituye una circunstancia lamentable o no, no interesa. Tampoco denunciar, una vez más, la insuficiencia de nuestros cánones o la comodidad de nuestros protocolos de lectura. Sobre todo cuando ya parece evidente que la precariedad en la fijación de un canon es tan cierta como la necesidad de las instituciones de seguir produciéndolos y conservándolos (y las exaltaciones de lo marginal y lo contracanónico, las campañas exploratorias de la periferia académicamente organizadas no pueden, por nobles que sean sus intenciones, dejar de dar cuenta de esa necesidad).

Por lo demás, y aunque no lo parezca, las lecturas siguen proliferando. Por delante, por detrás o por debajo, circundando de otro modo esas operaciones, ellas están dentro y fuera; las atraviesan al tiempo que les son heterogéneas. Se trata de la lectura en tanto que experiencia individual o colectiva, que transita los circuitos institucionales o se aparta de ellos. Estas experiencias se han incorporado, dejando su marca, al trayecto que los relatos de García Reig han recorrido hasta llegar a esta edición. Una entre ellas: 25 años después de su primera publicación, en la UNLP, se produce el encuentro entre un grupo de ingresantes a la carrera de Letras y un par de cuentos del autor. Un ingresante es, se sabe –o así lo repiten a veces algunos medios de comunicación escandalizados por los resultados de un examen, algunos docentes apocalípticos u otros entusiastas de la cultura juvenil- un raro alumno nuevo. Para otros de nosotros la “rareza” tiene más que ver, en este caso, con un modo de presentar y posicionar la literatura en la escuela desde la reforma de los años '90, a partir de una concepción dominante que privilegió ciertos saberes técnico-instrumentales o una reivindicación de la lectura placentera que aquietta o anula sus potenciales significados socioculturales, y ante la que los docentes se han posicionado también de maneras diversas. Como sea, los relatos presentados, y su autor, también aparecieron como “raros” ante esos ingresantes: lograron interpelar sus concepciones de lo literario, de nociones como autor y estilo, y repensarlas en función de la formación que

comenzaban a transitar. En uno de los cuentos elegidos, “Curados de espanto”, el desopilante personaje de la Tía Iris le dice al narrador: “¡qué raro sos!”. La exclamación es acorde a las formas del humor que despliega el relato y, sin embargo, es paródica en otro nivel. La correspondencia entre ese narrador en primera persona y el autor García Reig es imposible, pues se trata de un relato “cuasi fantástico” (de un fantástico que casi se diluye en el absurdo y sin embargo no acaba de disolverse, sino que “escapa por la tangente”). Pero por eso mismo, en este y en otros relatos, el cruce entre las distintas tradiciones del fantástico argentino –de Borges a Wilcock- y la vertiente más popular de las formas del humor al estilo Fontanarrosa, produce unos resultados que son, efectivamente, raros. Habrá que darle la razón a la Tía Iris pero, sobre todo, señalar que esa rareza genera una resistencia productiva.

Productivos en la lectura en tanto que experiencia, resistentes a la hora de las clasificaciones, ¿qué hay en los cuentos de García Reig? Los pocos críticos que se han ocupado de ellos coinciden en que García Reig escribía cuentos fantásticos, pero esa afirmación es tan cierta y tan amplia que acaba no diciendo mucho, y persiste la impresión de que este fantástico se escapa por la tangente. David Lagmanovich admira en García Reig a un malogrado cultor del microrrelato latinoamericano y, en efecto, algunos de sus cuentos son buenos y breves. Juan Sasturain, en cambio, hace algo mejor: imagina, y presenta su lectura crítica en clave de invención. Que García Reig escriba cuentos fantásticos en Mar del Plata es un buen comienzo para un cuento fantástico, empieza, y continúa, difuminando los límites entre experiencia e invención, entre lectura que se vuelve literatura y lectura crítica como sanción institucional. Y sí, Sasturain, ése es un buen comienzo.

Muchos de los cuentos de García Reig, incluso aquellos precisa y exquisitamente elaborados como “Bacará”, nunca abandonan un cierto aire de provisoriedad. Y esa provisoriedad no tiene nada que ver con la buena o mala literatura, ni tampoco con un afán experimentalista que deleve los procesos de construcción de un relato (no hay pretensiones “vanguardistas” en García Reig). Ese cierto aire precario no es cuestión de valor ni de procedimientos. Es una actitud ante la literatura, ante el relato, que es una actitud vital. No nos dice sobre la sensibilidad de su autor, nos dice sobre las funciones vitales de la literatura, en sentido impersonal. Tal vez una buena clave de lectura para estos textos pueda encontrarse en los ensayos de Marcelo Cohen en su apuesta por un “realismo inseguro” [1]. Dice Cohen: “La narración insegura ignora ciertas subdivisiones –realismo, fantástico, parodia, metaliteratura, sátira, etc- en beneficio de la pertenencia a un mundo-texto ilimitado [...] confía en la línea de los hechos, cada uno de los cuales se inscribe en la realidad como excedente y en el lenguaje como defecto, que en las cosas no tiene lugar y en el lenguaje no tiene contenido”. Y ese lugar o “no-lugar” no es, aunque pudiera sonar así, el del architexto derrideano. Al contrario, Cohen apuesta por una narración que se plantee el “problema” –si hay alguno- respecto de

“cuánta de la realidad sacrificada [...] cuánta vida, puede recuperar la imaginación al escribirse en el relato como suceso”. Ese aspecto que “se escapa por la tangente” en el fantástico de García Reig tiene que ver, creo, con una apuesta similar: una apuesta alegre, y a veces también conmovedora, por una contigüidad entre la experiencia individual o colectiva, y la invención que por la escritura se hace acontecimiento.

Así surgidas y así deseosas de participar del acontecimiento, las lecturas pueden proliferar y desandar el camino por el que los discursos que ingresan en el discurso literario podrían erigirse en órdenes discursivos, postulaciones explicativas de la realidad que por el fantástico serían “criticadas”, o “parodiadas”. No hay tal cosa o hay más que eso. Cuando en “Fin del libro sin fin” leemos una maravillosa postulación de lo diabólico del final –el autor muere al concluir la obra- sospechamos que, si el final no hubiese sido circular, el autor no se hubiera perdido. Pero como el devenido autor es un antropólogo que con su racionalidad científica cree ingenuamente en un final que delimite el continuum de la invención, muere carbonizado (“la imaginación sintetiza –dice Cohen- no a la manera de la filosofía, sino a la de la química”). En “La penúltima muerte”, en cambio, el personaje escritor de ficciones científicas es un cronista del espacio sideral que “muere” al menos dos veces. Y, aunque parezca lo opuesto, es sin embargo un relato sobre el tiempo y la irrepitibilidad de la experiencia (que sólo puede volverse repetible al inscribirse, por defecto, en el lenguaje). Este cuento y las prodigiosas simetrías de “Volverás en invierno” nos muestran cómo un relato puede, en el camino de realizarse, desplegar estrategias para entrar en el fantástico borgeano, salir de él, conservar las huellas de esas estrategias en su realización y mantener intacto su potencial significativo. La literatura, la ciencia, la historia o la prensa no son poderes discursivos corroídos “desde adentro” por estos relatos, son sintetizados saludablemente para traccionarlos hacia lo que pueden ser: tremendos potenciadores de ficciones (de ficciones que al acontecer se inscriben en la realidad, y la amplifican).

Un acontecimiento sin dudas fundacional es propiamente la fundación en y por la literatura de Cristiano Degollado. Se ha dicho ya que dos o tres de los cuentos constituyen la saga de éste que orgullosamente sus habitantes reivindican como un “pueblo fantasma”. Pero la serie de contigüidades que se despliegan, se desarrollan, se retoman o quedan en el camino, potencian la posibilidad de un relato que no sólo irrumpe en otros relatos de García Reig sino que se proyecta por fuera de ellos. En “Los días de miércoles” asistimos a la irrespetuosa reconstrucción arqueológico-gauchesca del mito del origen. Una crónica precisa sobre lo popular en pugna con lo burocrático, del autoritarismo que filtrado por la administración adquiere visos delirantes, para sugerir finalmente que este linaje de un pueblo imposible es tan absurdo, tan utópico y tan posible como el de un pueblo cualquiera. En “Two to tango” –que no en vano es una crónica prolijamente fechada en una progresión que va de 1978 a 1983- el bar-pulpería La Mona Dormida, transfigurado ahora en

The Sleep Monkey Bar, es testigo de cómo el pueblo es momentáneamente alcanzado por la historia, una historia de violencias silenciadas y banalidades manifiestas que se cuele por la televisión. No obstante, el pueblo queda incólume, pues el final es inconcluso. Para la misma época y en un relato titulado “Martín, Diego y yo en la Rambla”, un personaje llamado Juan Carlos escribe cartas a Mariana desde Mar del Plata primero, desde Puerto Argentino después y finalmente desde Miami Beach, registrando en primera persona la progresiva invasión de la misma violencia sobre su cuerpo y del mismo idioma inglés sobre su discurso. Esa Mar del Plata de la Rambla tendrá a su vez, en “Tierra del Oro”, su propia refundación mítica, delirante y patriótica, y aunque la Tercera Guerra Mundial la reduzca luego a la patética condición de una tribu-boya perdida en el Atlántico, renacerá de nuevo en un futuro felizmente absurdo. Los habitantes de Cristiano Degollado, donde “no se conocía el teléfono, ni el ferrocarril, ni el telégrafo” -y que quizá por ese entonces ya se habría transfigurado en otro pueblo, Coronel Eleuterio Williams- podrían haberse enterado de este acontecimiento a través de su fabuloso periódico: “La Voz de Cristiano Degollado”, portador de “ficciones convincentes” cuidadosamente elaboradas por los parroquianos más mentirosos. Y la reacción podría haber sido la que sentencia el narrador: “El pueblo no se cuestionó si lo que leían era verdadero o falso, crónica o literatura. Se sabía que la información era inventada por los amigos de La Mona Dormida”. Y habría sido, claro, una buena noticia.

Una que nos cuenta sobre una narración con cierto aire de precariedad o, para decirlo una vez más con Cohen, de un cierto “realismo inseguro”, que de lo que menos seguro está es de la índole de lo real, y por eso lo realiza una vez tras otra. En el universo que despliega continuamente en ese realizarse, y que por eso es imperfecto (inacabado), las contigüidades toman la forma de realidades reversibles que afectan los relatos, los espacios y los tiempos, fagocitando también a ese “Juan Carlos” improbable o posible que es uno de los personajes que a veces lo habitan. Como Léucrito, el hipotético filósofo griego del que se sirve el narrador de “Sobre algunas imperfecciones del universo”.

“ - Léucrito tenía razón.

- ¿Quién es Léucrito?

- Un pensador griego, inventado por mí, para consolar a un viejo que necesitaba encontrarles sentido a las cosas.”

Un final similar podría haber sido aquí un buen comienzo: “ - García Reig tenía razón. -¿Quién es García Reig? -Un autor marplatense, inventado por nosotros, para...” Etc.

Como fuese, seguiría siendo una buena noticia.

Notas

[1] Cohen, Marcelo (2003). "Como si empezáramos de nuevo. Apuntes por un realismo inseguro". En *¡Realmente fantástico! y otros ensayos*. Buenos Aires, Norma, pp. 129-155.